

Noé (Noah) Darren Aronofsky, 2014

Enrique Javier González Camacho

“El individuo ha luchado siempre para no ser absorbido por la tribu. Si lo intentas, a menudo estarás sólo, y a veces asustado. Pero ningún precio es demasiado alto por el privilegio de ser uno mismo.”

Friedrich Nietzsche

Este aforismo sintetiza la trayectoria vital del director de cine Darren Aronofsky, cuya obsesión por su proclamado santo patrón Noé se configura en tributo cuando con tan sólo trece años el futuro artista gana un certamen literario convocado por las Naciones Unidas con un poema dedicado a la figura bíblica. El escrito, cuya calidad fue percibida por su profesora y responsable de su envío al concurso, reflejaba el potencial de las desventuras del hijo de Lamec intuidas por un niño judío “más por cultura que por educación religiosa”.

Pero recuerda que a edad más temprana fue invadido por un irrefrenable sentimiento de terror: ¿y si yo no era uno de los elegidos para ir en el arca? A partir de ese momento comprendió que en todos existía la maldad y la crueldad.

Esta concepción es plasmada en la película Noé (2014), pudiendo definirla como Friedrich Nietzsche el Antiguo Testamento: un prodigio mítico en el cual la moral no ha sido definida. Por lo tanto, tenemos ante nosotros el referente filosófico para interpretar la filmografía de un director profundamente nietzscheano con Noé como héroe trágico por antonomasia transfigurándose en cada película que rodaba.

Llevado por su genio se abstiene con valentía de los convencionalismos del cine bíblico, para estimular nuestro inconsciente colectivo al estilo de la conexión neuronal ilustrada por Miguel Ángel en el fresco La Creación de Adán de La Capilla Sixtina. Porque, explica Darren Aronofsky, el mito del diluvio universal fue compartido por culturas antiguas en los cuatro puntos cardinales del globo terráqueo, siendo el relato de El Arca de Noé el mejor de todos.

Su guion es definido por el propio director como “una labor minuciosa de investigación en la que he rellenado los huecos que deja la Biblia”. Y creado un mundo mitológico como el griego o el nórdico, añadiría yo.

Noé es el último descendiente varón directo de Set (el tercer hijo de Adán y Eva) cuando asistimos al ritual en el que su padre Lamec le transmite la piel original de la serpiente del Edén en un ritual de renovación de la Alianza con El Creador, la cual conlleva la responsabilidad de erradicar la debacle moral y ecológica que asola a La Tierra. Esta pesada carga se acentuará al ser interrumpidos por Tubalcaín y la muchedumbre de “hombres” a los cuales lidera para reclamar ese suelo con un discurso demagógico e infantiloides con la finalidad de su explotación minera, porque el mineral que extraen es empleado en la industria energética y militar de su tecnológicamente avanzada civilización. Pero esa tierra es sagrada en palabras de Lamec en una escena que nos retrotrae a la conquista del continente americano por los europeos. De hecho, Tubalcaín asesina a Lamec y le roba la piel mágica de la serpiente, es decir, el legado cultural de Noé.

El inesperado aleccionamiento del neófito Noé ejemplifica con sangre el mensaje de El Príncipe de Maquiavelo: es preferible ser temido que amado. Noé nunca negociará con dictadores ni terroristas como lo hiciera su malogrado padre.

La mente del elegido queda calibrada en la misma sintonía que la del iracundo Creador, quien se comunicará con el guerrero vegano mediante el milagro de hacer germinar una flor en lugar de la arrancada por su hijo Sem haciendo precipitar una gota de agua y finalmente a través de un inquietante sueño que lleva a Noé a trasladarse con su familia al territorio de la zona oscura donde habita como un ermitaño Zaratustra su mágico abuelo Matusalén (el hombre más anciano del mundo).

Matusalén es amigo de Los Vigilantes, ángeles caídos por desobedecer al Creador cuando desterró a la humanidad del Paraíso (escenificado poéticamente como cuerpos luminosos y etéreos capturados por la tosca piedra, lo cual amplifica el significado la pérdida de divinidad como seres semejantes al Creador por parte de los propios hombres). Estas entidades se compadecen por nuestra especie y deciden ayudarnos con sus conocimientos científico-técnicos al modo de “los antiguos astronautas”.

Cuando el hombre esclaviza y masacra a sus particulares Mefistófeles, Matusalén les protege en su éxodo con una espada de fuego.

Será Matusalén quien, actuando de chamán, despeje la mente de Noé mediante el consumo de un alucinógeno que su nieto toma como té. Tras la nueva experiencia onírica de Noé, llegan a la conclusión de que el Creador exterminará al hombre por corromper a la Tierra y a su prójimo con un diluvio universal.

En palabras del filósofo de la sospecha: si la demencia en el individuo es algo raro, en los grupos, en los partidos, en los pueblos, en las épocas, es la regla. Así se nos muestra en la conmovedora escena en la que Noé y su familia encuentran a una niña herida en el vientre llamada Ila (Naameh diagnostica que nunca podrá tener hijos) en una explotación minera abandonada en la cual yacen cuerpos infectados de las víctimas del canibalismo tras el agotamiento de recursos naturales. La escena en la que el Noé de Russell Crowe interpreta una canción de cuna a una desprotegida Ila nos muestra el lado más humano y paternal de un personaje, a priori, extremista y misántropo.

También, más adelante, cuando Noé acude en solitario en busca de esposas para sus hijos en el campamento de los hombres vivirá la trata de blancas a cambio de comida de origen animal. Recordemos que Noé explica al inicio de la película a su hijo que es una creencia errónea esa de buscar fuente de energía en la carne animal.

Dos últimos milagros acontecerán a Noé. Cuando El Creador hace crecer un bosque a partir de la semilla, regalada a Noé por Matusalén y transmitida desde el Jardín del Edén, en una llanura yerma y desolada para proveerle de la madera con la que construir el arca que albergará a las parejas de especies animales que repoblarán la tierra después del diluvio (los cuales son sedados con un incienso). Lo cual convence a los Vigilantes de que Noé es el elegido por El Creador y a quien deben proteger (como premio a su servicio, cuando mueran luchando en la batalla final por entrar en el arca, se desprenderán de su pétrea prisión para ascender a los cielos con el Creador).

Posteriormente, durante la subtrama concerniente a la infertilidad de Ila, el propio Matusalén devolverá la fertilidad a Ila para asegurar la descendencia del ser humano tras el holocausto de la humanidad.

En adelante, Noé deberá afrontar el reto de interpretar la verdad por sí mismo (Matusalén se deja morir por el diluvio cuando busca bayas) y de combatir a su némesis Tubalcaín. Situación que le conducirá a una conducta obsesiva con consecuencias genocidas para la humanidad y para su propia familia.

Ya en el arca, el polizón Tubalcaín manipulará a Cam envenenado la relación paterno-filial hasta el extremo de instarle a asesinar a su padre. Le hace creer que propiciará el buen curso de la descendencia de Ila con Sem y que conseguirá vengar a Na'el (la muchacha que rescató en el campamento de los hombres y a quien su padre dejó morir durante la batalla final por entrar en el arca). Mientras que en el Antiguo Testamento Cam vio la desnudez de su padre Noé, por lo cual su descendencia fue maldecida.

Este largometraje podría ser el escenario por el que transitar para los perturbados personajes de *La Túnica Sagrada* (1953) y de *Excalibur* (1981).

Porque Noé desconcierta por sus elementos fantásticos y ambiciosas simbologías bañadas por una barroca estética postapocalíptica a lo *Mad Max* que vira hacia la observación mítico-mística e introspectiva del ser humano en su poético devenir hacia el siniestro universo de lo irreal (materializado por un ente de un plano superior conocido como el Creador, porque nunca se habla de Dios).

Los tintes de terror psicológico acentúa el abrumador reto que tiene la humanidad al afrontar el eterno retorno, porque la atmósfera sobrecargada y enrarecida en la que malvive la humanidad antes del diluvio universal es la que vivimos los hombres modernos en nuestro contaminado planeta. De hecho, la chaqueta que viste Noé tras el diluvio me desconcertó por su moderno diseño, un guiño quizá a la escena final de la Estatua de la Libertad en *El Planeta de los Simios*.

La película es una declaración de intenciones de Darren Aronofsky porque reconcilia ciencia y religión con el relato del origen del universo que Noé transmite a su familia en el arca. Para acompañar las palabras del Génesis se encadena una sucesión de imágenes que parecen extraídas de un documental de naturaleza.

Mientras que la escena del asesinato de Caín contra su hermano Abel, montada como una ráfaga intermitente de escenificaciones del mismo delito a través de

distintas etapas históricas de la humanidad, resulta ser una genialidad por su estética de primitivo cine mudo.

Su sinceridad ahoga su aparente pretenciosidad al ofrecernos una historia que no pretende agradar y sí incomodar, porque de la adversidad surge la grandeza del Noé más humano y cercano.

“Milicia es la vida del hombre sobre la tierra, y como días de mercenario son su días.” (Job VII: 1). Unas palabras que podrían haber pronunciado el hedonista Tubalcaín.